

MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 5

UNA PRUEBA
DE AMOR

*Las guerreras Maxwell, 5.
Una prueba de amor*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © Viacheslav Boiko - Shutterstock y © Finlay McWalter
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-08-20448-0
Depósito legal: B. 962-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Reino de Sogn, Noruega

Voces nórdicas de mujeres cantando en lenguaje rúnico animaban la fiesta de enlace entre el joven Harald Hermansen, del pueblo de Borgund, y la encantadora Ingrid Ovesen, de Ski.

Sonaban los tambores hechos de piel de reno, las *tagelharpas*, fabricadas con crin de caballo y cuernos de cabra, mientras unas cien personas bailaban alrededor de las enormes hogueras y lo pasaban bien.

Desde donde se encontraba, Demelza observaba a su padre, Yngve, comer salmón mientras bebía un gran vaso de *bjorr*, un licor extremadamente fuerte hecho con zumo de fruta fermentada.

Yngve Ovesen, antiguo y valeroso guerrero, era un granjero que se dedicaba a la cría de ovejas, vacas y cabras, de las que luego sacaba su leche para hacer queso y mantequilla. La especialidad de Yngve y su familia era el *skyr*, una leche espesa salada y fermentada que guardaban en grandes vasijas y que luego vendían en el mercado, siendo éste un producto que duraba todo un invierno.

Complacida, Demelza sonrió tocándose su larga cabellera roja. Ver a su padre bromear con la mujer que últimamente lo hacía sonreír la llenaba de alegría. En su pueblo estaba permitida la poligamia, y si a su padre eso lo hacía feliz, ¿quién era ella para cuestionarlo?

Había sido un año duro, tremendamente complicado por todo

lo ocurrido en la familia, pero la boda de su hermana era el comienzo de algo bonito y tenían que verlo de ese modo.

Estaba pensando en ello cuando su progenitor se acercó a ella y, tocándole con mimo el *kransen*, la corona de flores que ella llevaba sobre su cabello suelto, le preguntó:

—¿Se divierte mi pelirroja salvaje?

Demelza sonrió, quienes la querían la llamaban así.

—Mucho, papá —contestó.

Pero Yngve sabía que mentía; en los últimos tiempos, la vida no había tratado bien a Demelza. El hombre se sentó junto a ella y murmuró mirando al cielo:

—¿Ves la oscuridad de la noche?

La joven levantó la mirada. El cielo estaba precioso.

—Hagas lo que hagas —continuó su padre en un murmullo—, nada impedirá que se ilumine cuando amanezca. Del mismo modo que, hagas lo que hagas, nunca podrás impedir que el color de tus ojos hable por ti.

Entendiendo sus palabras, Demelza resopló. De todos era sabido que sus ojos azules cambiaban de tono según su estado de ánimo, algo que siempre la había delatado, y poco podía hacer para evitarlo.

Sonriendo por ello estaba cuando se acercó Grunde, un vecino. Su padre y él hablaron sobre un problema que aquél tenía con el pago de unos impuestos, e Yngve se ofreció sin ningún reparo a ayudarlo.

Una vez el hombre se marchó, Demelza murmuró:

—Es bonito lo que vas a hacer por él.

Yngve sonrió. Grunde era una buena persona.

—Siempre hay alguien que necesita ayuda y que probablemente esté peor que uno mismo —afirmó—. Por tanto, nunca olvides, hija, que la ayuda se ha de ofrecer de corazón.

La joven asintió, y él continuó:

—Eres mi hija. Mi guerrera. La mujer con más coraje y más intuitiva que he conocido nunca y he tenido el placer de criar, pero

necesito que entiendas que el pasado no tiene nada nuevo que decirte.

—Papá...

—Demelza, escucha. Sé que me has perdonado por mi desacertada decisión con respecto al innombrable... Tranquila, no voy a hablar de ello. Y sé que me has perdonado porque me lo dicen tus ojos cuando me miran, tu cariño cuando me hablas y tu manera de quererme cuando me abrazas.

Demelza sonrió y él, asiendo con afecto la mano de su hija, se la llevó a su propio corazón y, mirándola a los ojos, dijo:

—Él está aquí. Contigo. Conmigo. Con todos los que lo queremos y lo recordamos, pero hay que seguir, hija. Hay que continuar caminando porque, si te paras, el dolor, la rabia y la frustración pueden paralizarte, y eso Haakon no te lo perdonará.

La joven asintió, su padre tenía razón, por lo que, conteniendo la emoción que le provocaba pensar en Haakon, aseguró observando que el broche que él llevaba, y que solamente se ponía en ocasiones especiales, estaba abierto:

—Lo sé, papá. Lo sé...

La joven se apresuró a coger el labrado broche con la piedra negra e indicó:

—Has de arreglar el enganche o perderás el broche del abuelo.

El hombre asintió, la pieza estaba torcida, y, al ver cómo ella le daba la vuelta, musitó:

—Siempre te ha gustado ese proverbio nórdico, ¿verdad?

Demelza asintió y leyó la inscripción:

—«Antes de entrar en un lugar, fíjate por dónde se puede salir.»

Acto seguido, padre e hija sonrieron, y el primero cuchicheó:

—Tu abuelo siempre decía que, entraras donde entrases o hicieras lo que hicieses, siempre había que ser consciente de las salidas que había para buscar una solución. Te habría gustado tu abuelo.

—Seguro que sí —afirmó ella.

—Mañana se lo llevaré a Herson y me lo arreglaré —dijo Yngve mientras ella se lo prendía de nuevo en la solapa.

Pero Demelza sonrió y cuchicheó guiñándole un ojo:

—Mañana lo olvidarás y te lo volveré a recordar la siguiente vez que te lo pongas.

El hombre soltó una carcajada, su hija tenía razón, y con cariño musitó:

—Seguramente lo arreglarás tú antes que yo.

—Seguramente —asintió ella, y suspiró.

Yngve meneó la cabeza. Había librado muchas batallas. Demasiadas. Aun así, la más difícil la tenía ante sí. Necesitaba ver a su hija feliz, ella se lo merecía. Le acarició el óvalo de la cara con cariño y dijo:

—Ambos sabemos que quien la hace la paga, ¿verdad? —La joven afirmó con la cabeza, y él añadió tocando con mimo el broche—: Pero mientras llega ese momento, no cometes el error de arruinar tu presente recordando un mal pasado que ya no tiene futuro ni solución. ¿Comprendes, Demelza?

La joven sonrió. Le gustaban las conversaciones que siempre mantenía con su padre, eran especiales, diferentes, maravillosas. Y, dispuesta a hacerle ver que seguiría su consejo, se levantó y con un gracioso gesto preguntó:

—¿Qué tal si bailas?

—¿Contigo?

Demelza rio y, mirando a Alvilda, la mujer con la que Yngve se divertía últimamente, replicó:

—¿No lo pasarías mejor bailando con ella?

Él sonrió y afirmó con gesto seguro al tiempo que le tendía la mano:

—Lo pasaré mejor bailando contigo. Con mi guerrera.

Sin dudarle, Demelza aceptó su mano y, encantados, ambos danzaron felices.

Capítulo 2



Mientras bailaban junto a los novios, Urd, la esposa de Yngve y la madre de los hermanos de Demelza, los observaba. Ella era la única que llamaba Laug a la pelirroja, un nombre que la muchacha odiaba y que, a pesar de todo lo ocurrido, ella se negaba a olvidar.

Demelza había sido su piedra en el camino. Su frustración. El hecho de que su marido se acostara con otras mujeres ejerciendo su derecho a la poligamia no le importaba, como no le importaba a él cuando ella hacía también uso de ese mismo derecho. Sin embargo, nunca le había gustado aquella hija suya. Y, aunque se encontraba serena disfrutando de la boda de su hija Ingrid, en su mente estaba Haakon, su hijo desaparecido.

Tras muchos bailes, durante los cuales Demelza intentó demostrarle a su padre que estaba feliz, cuando paró a descansar, oyó:

—Toma un poco de salmón, Demelza.

Al oír la voz de aquella persona tan importante para ella, la joven se volvió. A su lado estaba Hilda, lo más parecido a una madre que tendría nunca, con varios platos de salmón.

—No tengo hambre —respondió negando con la cabeza.

Hilda suspiró, su niña no había tenido un año fácil. No obstante, sin darse por vencida, insistió:

—Vamos, debes comer un poco. Al parecer, está exquisito.

—¿«Al parecer»?

Ambas sonrieron. Sabían mucho la una de la otra.

—Vale —dijo la joven finalmente—. Ya lo sé. El salmón nunca te sienta bien y por eso no lo has probado.

—Exacto. Pero tú debes comer. Vamos, ¡coge uno!

Sonriendo, Demelza asió uno de los platos. Era lo mejor. Si no lo hacía, Hilda seguiría insistiendo.

—De acuerdo —sonrió—. Comeré.

Una vez Hilda se marchó para seguir repartiendo salmón, ella dejó con disimulo su plato sobre la mesa, no le apetecía. Entonces miró hacia los caballos de los asistentes, que parecían inquietos, y se acercó a ellos. Le encantaban los animales, especialmente los caballos, a pesar de que ella no tenía uno propio, y los acarició con mimo.

Complacida, buscó con la mirada a la nueva yegua de su hermana, aquella maravillosa yegua grisácea de ojos cautivadores de la que ambas se habían enamorado hacía unos meses cuando acompañaron a su padre a vender queso a otro pueblo. Por suerte, ahora ese animal era propiedad de su hermana Ingrid, porque su marido se lo había regalado.

Con cariño, caminó en su dirección. Instintivamente, la yegua miró a Demelza y se dirigió hacia ella. La joven sonrió. Ella y su magnetismo con los animales. Así pues, parándose, esperó a que la yegua se aproximara y, una vez la tuvo delante, apoyó la frente sobre la testuz de aquélla y, en noruego, murmuró con mimo:

—Eres preciosa..., preciosa.

La yegua meneó la cabeza encantada por sus palabras, y Demelza sonrió.

Según su padre, aquel magnetismo era un don. Yngve pensaba que su hija pequeña tenía una conexión especial con los animales. Nunca había conocido uno que se resistiera a ella. Todos terminaban acercándosele.

Abstraída estaba disfrutando de la yegua cuando miró al cielo, ese firmamento que tanto le gustaba observar por las noches, y de pronto se le erizó el vello de todo el cuerpo.

¿Qué pasaba?

Como habría dicho Hilda, eso le ocurría porque las hadas la avisaban de algo.

Pero ¿de qué?

Sonriendo, se pasó las manos por los brazos para calentarse. Sin duda lo sucedido se debía a que comenzaba a refrescar.

De nuevo centró toda su atención en los caballos; eran preciosos, a pesar de que ella poco supiera de equinos. Pero entonces notó una mano que la agarraba y, alarmada por lo que momentos antes había recordado, se volvió súbitamente.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó al ver a su hermana Ingrid.

—¿Por qué? —sonrió aquélla.

Sin querer recordarle que estaba siempre alerta por si Viggo aparecía, se encogió de hombros, e Ingrid, que estaba emocionada por el maravilloso día que estaba viviendo, afirmó:

—Sabía que estarías aquí.

Ambas rieron, y entonces Ingrid cuchicheó mirándola de arriba abajo:

—Estás preciosa con ese vestido. Te sienta de maravilla.

—Estoy ridícula —se mofó Demelza.

—¿Qué dices, Dem?! No lo estás. Cuando vistes como una mujer, estás realmente bella. Preciosa.

Demelza suspiró. Su femineidad era algo que hacía tiempo que había olvidado. Prefería pasar desapercibida para los hombres, por distintos motivos. Y, observando el escote de su vestido, musitó:

—Odio que me miren los pechos. Ver sus gestos me enferma.

Ingrid rio por su comentario y, para desviar el tema, comentó acariciando a su yegua:

—Cuando Harald me la ha entregado, ¡no me lo podía creer!

Demelza sonrió feliz. Aquella yegua grisácea de crines negras, de tres años, era impresionante.

—La dicha ha llegado a tu vida en muchos sentidos, hermana —afirmó.

Ingrid asintió. Estaba convencida de aquello. Se había casado con el amor de su vida y, sonriendo, musitó mirando al animal:

—Harald y yo hemos pensado que el primer potrillo que tenga... ¡sea para ti!

Demelza sonrió feliz, su hermana y su cuñado la querían mucho, y declaró emocionada:

—Lo esperaré con deseo.

—Por cierto —cuchicheó Ingrid a continuación—. He decidido llamarla *Unne*.

—Noooooooooooooo...

—Síiiiiiiiiiiii...

—¿Por qué? ¿Por qué *Unne*?

—Porque *Unne* significa «amor». ¿Qué mejor nombre para ella? —explicó la recién casada.

Demelza rio. Ingrid era una romántica y, para su suerte, había conocido el amor. Y, recogiendo su espectacular cabello rojo en una coleta, cuchicheó:

—Una yegua como ésta merece un nombre poderoso, y creo que...

No pudo terminar de hablar. Agarrándola de la mano, Ingrid tiró de ella y exclamó:

—¡Vamos, Dem!

—¿Adónde?

—¡Vamos! —insistió la novia.

Cogidas de la mano, las dos hermanas se alejaron de la fiesta.

Demelza e Ingrid. Ingrid y Demelza.

Eran tal para cual. Impetuosas, arriesgadas, valientes.

Ambas tenían los ojos y la tez clara como su padre. Aunque Ingrid, dos años mayor, era rubia y Demelza, pelirroja. Poseía un pelo tan rojo que muchos pensaban que eso era lo que hipnotizaba a los animales.

Entre risas, y cogidas de la mano, llegaron hasta un solitario lugar más tranquilo tras una enorme roca. Y, sin preocuparse por los bonitos y delicados vestidos que llevaban, se tiraron al suelo y se descalzaron para sentir el frío en los pies.

El espectáculo comenzaba.

Colores verdes, rosas, blancos o violetas bailaban en el firma-

mento mientras ellas lo observaban maravilladas, cuando Demelza, la más joven de las hermanas, murmuró al sentir de nuevo el vello de su cuerpo erizado:

—Lo creas o no, esta vez, las valquirias se han acercado tanto a mí que incluso todo el vello del cuerpo se me ha puesto de punta.

Ingrid sonrió, no dudaba de la palabra de su hermana, cuando la oyó decir maravillada sin apartar sus ojos claros del cielo:

—Cuánta belleza.

—Sí.

—Siempre nos gustó ver el cielo así.

—¿Recuerdas la leyenda que nos contó Hilda?

—¿Cuál de todas? —se mofó Demelza.

Ingrid sonrió y, recordando su preferida, respondió:

—Esa que dice que los colores son mujeres enamoradas y correspondidas que bailan eternamente tras su muerte.

—Tú y tu romanticismo.

—Sentirte amada y protegida es... es muy bonito, Dem —afirmó Ingrid—. Espero que algún día aparezca esa persona que te haga sentir que la vida es algo más que guerrear y...

—Yo no soy tú, Ingrid —replicó Demelza.

Su hermana la miró y, consciente de lo que decía, afirmó frunciendo el ceño:

—Ya sé que no eres yo. Y precisamente por eso espero que algún día llegue ese hombre especial que te regale una preciosa, única y excepcional prueba de amor y te haga saber que él y sólo él es el dueño de tu corazón.

—Oh, Ingrid, no digas tonterías —se mofó ella.

La joven rubia la miró e insistió con gesto serio:

—Espero que, cuando ese hombre llegue a tu vida e hincque la rodilla en el suelo como lo hizo Harald para pedirme matrimonio, lo aceptes. Porque, si no lo haces, juro por Odín que te perseguiré y te martirizaré el resto de tus días, ¿entendido?

Demelza soltó una carcajada y, a continuación, al ver el gesto de enfado de su hermana, musitó:

—Pobre incauto, si espera que yo me enamore de él y acepte semejante cursilada.

—¡Dem! —gruñó Ingrid.

Divertida por el romanticismo de su hermana, Demelza repuso mirándola:

—Siento decirte que eso nunca pasará. Nunca le daré a ningún hombre esa oportunidad, y menos me enamoraré yo de él. Y no lo haré porque...

—¡Oh, cállate! —la regañó aquélla.

En silencio, continuaron observando la impresionante aurora boreal, recordando los cientos de leyendas que Hilda les contaba. Aquellos colores mágicos que aparecían en el cielo en determinadas épocas del año y que desde niñas les gustaba disfrutar juntas. Entonces, Demelza comentó tocando el cabello recogido de su hermana:

—Hoy, cuando ya finaliza el día de tu boda, las valquirias están felices por tu unión. Por ello nos permiten ver el reflejo de sus armaduras mientras lo festejan.

—Preciosos reflejos —musitó la desposada, acariciándose el colgante tallado que llevaba al cuello en forma de corazón y que su hermano Haakon le había regalado años antes. Como ella decía, era su talismán de la suerte.

Las jóvenes hermanas de padre sonreían cuando Ingrid, alzando la mano, susurró señalando su bonito *baugr*:

—Es precioso el anillo de la abuela, ¿verdad?

Demelza miró la alianza labrada de plata vieja que su hermana llevaba en el dedo. Aquel antiguo anillo, que pertenecía a la familia, se lo había dado su padre a Harald para el día del enlace. Afortunadamente, no se lo había entregado a Viggo.

—Es el anillo más bonito que he visto nunca —afirmó complacida.

—Debería ser tuyo.

—No. Por suerte, es tuyo. Si padre se lo hubiera entregado a Viggo, lo habría vendido. Por fortuna, papá ahí acertó.

Ingrid asintió y, convencida de aquello como lo estaba su hermana, afirmó:

—Tienes razón.

Permanecieron unos instantes en silencio, hasta que la recién casada musitó:

—Dem...

—¿Qué?

—¡Soy la señora Hermansen! ¡Lo soy! ¡Me he casado con el amor de mi vida!

—¿No? ¿En serio?

—¡Sí! ¡Sí!

Ambas rieron a carcajadas. Ingrid había cumplido su romántico sueño.

—Estoy que no quepo en mí de felicidad —prosiguió—. Me he casado con un herrero guapo, alto, maravilloso. Lo amo y él me ama a mí, pero reconozco que estoy un poquito asustada.

—¿Por qué?

—Ay, Dem... Esta noche voy a compartir lecho con él.

La aludida, sin querer pensar en su propia experiencia, indicó:

—Tu marido será suave y delicado contigo.

—¿Y si no lo es?

—Lo será...

Ingrid suspiró. El momento ansiado y temido por toda joven había llegado, y, cuando fue a decir algo, su hermana añadió:

—Recuerda: os conocéis desde niños y lleva toda su vida obsequiándote preciosas pruebas de amor, ¿o no?

—Sí —sonrió Ingrid.

Se quedaron de nuevo en silencio y, al cabo, la recién casada, que quería lo mejor para su hermana, murmuró:

—Algún día llegará ese hombre que te ofrecerá infinidad de pruebas de amor.

—Lo dudo.

—No, no lo dudes. Sé que ocurrirá y...

—El amor no es para mí —la cortó Demelza. Y, al ver cómo su hermana la miraba, agregó—: Y no quiero hablar de eso, ¿entendido?

Ingrid suspiró, le dolía oír eso de su hermana pequeña. Pero, nerviosa por lo que se le venía encima, preguntó roja como un tomate:

—¿Duele?

Demelza cerró los ojos. Le resultaba terrible recordar ciertas cosas, por lo que no respondió, momento en el que su hermana, consciente de su gesto, susurró tocándose la barriga:

—Madre me ha dicho que he de estar me muy quieta para que el dolor pase rápido y que, con el tiempo, aprenderé a moverme y a disfrutar.

Demelza sonrió al oír eso.

Ella era la hermana pequeña. Pero, por desgracia, por culpa de la que todo el mundo decía que era su madre, había tenido que madurar de golpe. Sin embargo, como no quería amargarle a Ingrid aquel momento, contestó consciente de que ella nunca había llegado a disfrutar:

—Madre tiene razón. Hazle caso.

—Pero ¿y si Harald...?

—Harald no es Viggo —replicó ella—. Si fuera así, yo misma no te habría permitido casarte con él, porque lo habría descuartizado. Y te digo una cosa más, hermana, si algún día hace algo que tú no deseas, sólo tienes que decírmelo y juro que lo mataré.

—¡Pelirroja salvaje, para! —protestó la recién casada.

La aludida sonrió.

Ése era uno de esos momentos en los que, si su padre la hubiera oído, le habría recordado su sangre escocesa. Esa sangre repleta de pasión, indisciplina y peligro que, según él, un día lo enamoró, y de cuyo amor nació ella.

El silencio se instaló de nuevo entre ambas y, tras un maravilloso color violeta que cruzó el cielo formando cascadas de luz, Ingrid musitó intentando saber lo que pensaba su hermana:

—Has de tener paciencia con madre.

—Lo sé.

—No es mala, aunque se empeñe en llamarte Laug y tú odies ese nombre. Es sólo que...

Sin dejar terminar la frase a su hermana, y haciendo uno de los movimientos que su padre les había enseñado, Demelza se sentó sobre ella con su agilidad de guerrera y, tapándole la boca, aseguró consciente de por qué lo decía:

—No te preocupes. Estaremos bien.

Ingrid asintió. Y, contraatacando, al notar que la espalda de su hermana pequeña tocaba el suelo, insistió:

—Prométeme que no la harás enfadar.

—¿Yooooo?

—¡Dem! Ya no estaré cada mañana a tu lado para...

Esforzándose por derribar a su hermana, ella la cortó:

—Me las apaño sola. Y si madre deja en paz a Hilda, todos lo llevaremos mejor.

Pero Ingrid no dio su brazo a torcer.

—Pediré a Hamingja que te cuide todos los días y te ayude a encontrar la felicidad.

Al oír eso, Demelza sonrió. Hamingja, para los vikingos, era una especie de ángel guardián que cuidaba y decidía la suerte o la felicidad de su protegido.

—¡Pobre Hamingja! —murmuró.

—¡Dem! —gruñó Ingrid.

—Vale..., vale...

Por la educación que habían recibido de su padre, un antiguo guerrero, las dos hermanas podían ser dulces mujercitas o fuertes guerreras.

Yngve había enseñado a sus cuatro hijos todo cuanto podía enseñarles. Según él, el conocimiento nunca había hecho mal a nadie. Y, por ello, había instruido a sus cuatro hijos acerca de cómo rastrear, montar a caballo y saber manejarse con el hacha, la daga, el arco y la espada. También les había enseñado el arte de la *glima*, un estilo de lucha cuerpo a cuerpo que practicaban sólo los vikingos. Algo en lo que Demelza siempre había destacado.

—Te voy a echar de menos, *señora Hermansen*.

Con cariño, la recién casada respondió dejando de luchar:

—Y yo a ti, pelirroja salvaje.

Sonriendo, Ingrid volvió a tumbarse en el suelo para ver el maravilloso cielo mientras asía con fuerza la mano de su hermana, a su parecer, la mejor que nadie pudiera tener, y cuchicheó:

—Añoro a Haakon todos los días.

—Yo también...

—Si estuviera aquí, no pararía de bromear y de bailar con las mujeres de la fiesta en toda la noche y nos recordaría que hay que vivir el presente, porque el futuro está por llegar.

Con tristeza, ambas miraron al cielo, cuando la desposada insistió:

—Y en cuanto a madre...

—No hablemos de ella ahora. Por favor —pidió su hermana.

Ingrid calló y asintió.

Su madre nunca había aceptado a Demelza como una hija, a pesar de que había llegado a su hogar siendo un bebé de apenas dos días. Saber que aquella niña pelirroja era hija de su marido y de una prostituta escocesa de la que se enamoró, aunque luego ésta murió, a Urd la partió en dos. Y más cuando quiso cambiarle el nombre, pero Yngve se negó. La niña se llamaría Demelza, como su fallecida madre había pedido, y no Laug.

Con desgana, Urd tuvo que aceptarla en su hogar, pero las diferencias que hizo entre Daven, Haakon e Ingrid, sus tres hijos biológicos, y aquélla resultaron evidentes para todos.

En su afán por controlarlo todo, la mujer se empeñó en llamarla Laug, un nombre que sólo ella usaba y al que la joven nunca había atendido. Es más, odiaba cómo lo pronunciaba y el desprecio que mostraba cuando le gritaba encolerizada: «¡Sangre escocesa tenías que tener!».

Por suerte, sus hermanos y su padre la querían, aunque aquella sangre escocesa corriera por sus venas, y la llamaban Demelza. O Dem, en los momentos distendidos. Siempre la habían adorado y les encantaba su locura y su valentía, y más cuando ella los había sacado espada en mano de más de un problema.